

## EL DÍA QUE MIES VISITÓ A SOTA

Fue en aquel tórrido verano del 65. Mies van der Rohe había disfrutado enormemente el día anterior en esa arquitectura ideal que es el palacio de cristal de la Casa de Campo de Madrid, de Asís Cabrero. Y todavía con el dorado paisaje de la cornisa madrileña en su retina, le habíamos llevado a cenar a “Salvador”. Por los toros y el pescado. Allí, el maestro dió buena cuenta de un espléndido besugo al horno regado, saltándose las normas a la torera, con un Vega Sicilia, cosecha del 53, difícilmente superable.

Verdaderamente, este su viaje a España del verano del 65, que luego convertiríamos en mítico, estaba resultando sorprendente. A él, que ya creía que ninguna arquitectura contemporánea que no fuera la suya, tuviera capacidad de emocionarle, ni ningún vino que no fuera su rubio Riesling pudiera llevarle a las alturas.

Aquella mañana, le recogimos tarde en el hotel Suecia, como a las once, las nueve solares, cuando ya el sol estaba un poquito más alto. Sin casi mediar palabra, a tiro hecho, le llevamos al Gimnasio del Maravillas de Alejandro de la Sota. Entramos con el coche por detrás, por la calle Guadalquivir. Pasamos directamente porque Sabine, con teutónica eficacia, ya había hablado con los frailes y dejado todo preparado. Atravesamos, inmutable Mies, los piadosos horrores del edificio antiguo, desembarcando finalmente en el Gimnasio.

Mies van der Rohe se sumió en un sonoro silencio. Nosotros desaparecimos y fuimos, en la sombra, espectadores privilegiados, secretos testigos de la historia.

El estruendoso silencio del maestro de maestros, se acompasaba con el crujir de sus pisadas en la tarima de madera. Llegó hasta el fondo y se quedó, de

pié, recostado sobre la pared oeste. Por su derecha, desde lo alto, la luz inundaba el impresionante espacio. El sol, a raudales, entraba como sólo podía hacerlo allí y entonces. Con una intensidad tan en su punto, que las zonas luminosas estaban más brillantes que nunca, como límpidas, y las en sombra, con inusitada profundidad. La ligera estructura de aplastante lógica, se clavó en lo más hondo del gran arquitecto.

Mies no pudo, ni tenía por qué, ocultar su emoción. Pareciera que todo lo que él había pretendido y conseguido en su vida, estuviera allí resumido. ¿Cómo alguien más podía estar en su sencillo secreto? ¿Quién era aquel David que se atrevía a golpear tan certeramente al Goliat de la Arquitectura?

Claro que él, que se había cerrilmente empeñado en demostrar, y lo había demostrado, las bondades del espacio continuo, del espacio horizontal barrido por la luz horizontal, también lo había intentado con la luz de lo alto. Que bien lo había aprendido de Schinkel. Y aquí y ahora, lo veía claro y evidente. ¿Quién era este Sota que le hablaba así de tú a tú?

No sabía entonces el maestro de maestros que, en boca de Kenneth Frampton, este pequeño gran arquitecto, era el maestro español por excelencia. Ni tampoco podía imaginar que, veinticinco años después, la obra de este arquitecto español sería expuesta, y aplaudida, en Zurich, bajo las alas de Semper, del que Mies aprendiera tanto. Los círculos que se cierran.

Mies estuvo así como una media hora, que para él fue un sólo y glorioso instante, profundamente conmovido. En el camino de vuelta al hotel, con pocas palabras, nos expresó su admiración por aquel arquitecto, Sota, capaz de haber levantado aquella idea tan clara. Quiso el destino que tampoco Sota estuviera aquellos días en Madrid. Y Mies se quedó con las ganas de conocerle. Sin saber cuánto le admiraba. Pero había merecido la pena.

El Gimnasio del Maravillas, tan cerca de Mies sin parecersele es, como apunta William Curtis, la obra más significativa de la Arquitectura contemporánea española.

Y, ¿qué ha hecho Sota? ¿Cómo se podría explicar el por qué de ese su indiscutible magisterio? Ha enseñado a los arquitectos a hacer casi todo con casi nada. A mirar como el pequeño Príncipe por aquel agujerito donde todo es posible. A soñar. Y a construir esos sueños. Así se expresaba el maestro, seductor, en aquellas primeras clases iniciáticas. Donde algunos recibimos la picadura de la que ya nunca nos hemos podido librar.

Casi sin quererlo, ha portado hasta ayer mismo, el báculo con el que, sin proponérselo, ha guiado a las nuevas generaciones de arquitectos españoles.

Casi sin hablar, pero diciendo ¡tanto!, a través del rigor y de la hondura de sus obras. Con medida cantidad pero con derroche de calidad.

Casi sin estar en la Escuela de Arquitectura, pero ejerciendo continua y profundamente una eficaz docencia desde su peculiar cátedra sotiana. Desde su cámara luminosamente austera de Bretón de los Herreros. Adonde todos hemos seguido yendo a beber.

Lejos de tecnologías innecesarias, pero con las más avanzadas técnicas bien asimiladas y apuradas al máximo. Con esa su proverbial ironía, también en el uso de los materiales.

Sin proponer formas contaminantes, pero poniendo en pie imponentes ideas construídas. Con sutil reticencia también en sus formas. (Cuando le regalé el libro del poeta rotundo, Juan Antonio Marín: "Estas formas no dicen nada, son alcohol, plata perdida, agua derrumbada en los charcos", sonrió).

Alejandro de la Sota allí, frente a todos los arquitectos, sonriendo. Tan callando. Con su sencilla sencillez. Con sus lecciones de honradez y de silencio. Con su finura. Sota seguía hasta ayer, hasta en lo físico, con esa elegancia profunda, con esa prestancia que siempre le caracterizó. Sabine decía, que le recordaba enormemente a Alfredo Mayo, el eterno galán de aquel cine español.

Como alguien ya apuntó de Alejandro de la Sota: "Su Arquitectura posee esa extremada elegancia del gesto justo, de la frase exacta que de tan precisa, roza el silencio. Silencio de su obra y de su persona que posee la difícil capacidad de la fascinación." De fascinar hasta al mismísimo Mies van der Rohe.